

Pablo Iglesias
(coordinador)

.....
Ganar o morir

.....
Lecciones políticas en
Juego de tronos



Pablo Iglesias (coordinador)

Ganar o morir

Lecciones políticas en *Juego de tronos*



Los textos aquí recogidos forman parte de la obra *Ganar o morir. Lecciones políticas en Juego de tronos*, que aparecerá publicado en Ediciones Akal en el presente año.

© Los autores, 2014

© Ediciones Akal, S. A., 2014

Sector Foresta, 1
28760 Tres Cantos
Madrid - España

Tel.: 918 061 996

Fax: 918 044 028

www.akal.com

PRESENTACIÓN¹

Pablo Iglesias Turrión

En la situación de emergencia social en la que nos encontramos y dada la gravedad de la crisis general (económica política e institucional) a la que nos enfrentamos, ¿qué sentido tiene dedicar tiempo a escribir un libro sobre *Juego de Tronos*? ¿No es acaso una tarea ociosa? ¿No hay asuntos más importantes a los que prestar atención ante el drama social y político en el que estamos inmersos?

Para responder a estas preguntas, conviene antes preguntarse por las razones del éxito tanto de los libros como de las distintas temporadas de la serie. En principio, podría parecer que la clave del éxito es simplemente una combinación eficaz de intrigas, violencia, aventuras y sexo inscita en un escenario de resonancias románticas que constituyen una fórmula infalible. Sin embargo, la clave del éxito va mucho más allá: el escenario de destrucción del orden civil y político que nos presenta la serie, así como la lucha a muerte por la conquista del Trono de Hierro por parte de un puñado de reinos, con un colapso civilizatorio a las puertas, conecta directamente con cierto pesimismo generalizado y cierta conciencia oscura del fin de nuestra civilización occidental tal y como la conocemos. Pesimismo que se ha apropiado del ambiente a todos los niveles (anímico, personal, político, laboral...), especialmente en los países más castigados por la «crisis» financiera que comenzó supuestamente allá en 2008.

El escenario que nos presenta la serie es, ante todo, un escenario en el que el poder está en disputa y en el que el carácter moral de cada protagonista se revela precisamente en el modo en cómo

¹ Esta obra tiene un carácter divulgativo. La referencia son las tres primeras temporadas de la serie y no los libros.

se disputa ese poder. Todo el mundo tiene hoy la sensación de formar parte de un orden social y económico en el que se han roto todos los pactos que garantizaban la paz y la estabilidad. Los partidos que han acaparado hasta ahora el orden institucional de la legalidad han perdido de un modo quizá irreversible una de las piezas clave en las que se sostenía su poder: la desconfianza en la casta de los gobernantes crece a un ritmo exponencial y los gobernados tienen cada vez menos razones para la obediencia. Los gobernantes, atrincherados en sus despachos y edificios oficiales, comienzan a sentir cierta inquietud, pero confían en que su control sobre la legalidad y su monopolio del BOE les garanticen la permanencia en un poder, que no están dispuestos a perder. En este sentido, se comportan de un modo semejante a como Joffrey piensa que le basta estar sentado en el Trono de Hierro para ser reconocido por todos como el legítimo representante del poder.

Sin embargo, esa legitimidad está hoy puesta en cuestión: el clamor ciudadano a favor de una regeneración de la vida pública es algo que ya no puede ser acallado. Hay grandes consensos transversales (como, por ejemplo, las reformas legislativas sobre vivienda que propone la PAH, la exigencia de una lucha eficaz contra la corrupción o la defensa firme de los derechos a sanidad y educación) que no pueden ser ignorados sin que esto erosione de un modo grave los principios de legitimidad sobre los que se sostienen, fundamentalmente, el principio democrático de gobernar obedeciendo a las exigencias de una ciudadanía que, de un modo creciente, exige recuperar un poder que por derecho propio le corresponde. Ahora bien, una de las principales lecciones que nos enseña *Juego de Tronos* es que, en el terreno de la política, no hay nunca espacio para la legitimidad meramente en abstracto, para una legitimidad que no está dispuesta a convertirse en poder político alternativo y, en ese sentido, a disputar el poder. Ni el linaje, ni los derechos dinásticos de sucesión, ni la estirpe, la sangre o la herencia pueden siquiera llegar a convertirse en una opción *legítima*, si no está dispuesta a convertirse en una opción *real*. Este es el caso por ejemplo de La *Khaleesi*: es perfectamente consciente de que en un mundo terrible es preciso tener el mayor ejército, las mejores armas (los dragones) y saber mandarlos sin que tiemble el

pulso. Sabe, por su propia experiencia, que la elección real para los débiles nunca es «que haya poder o que no haya poder», sino que el poder lo tengan quienes ponen cadenas, o quienes quieren acabar con las cadenas. Sabe que puede ganar el respeto de los pueblos, sabe que puede constituirse como una líder en la que todos confíen. Pero también sabe perfectamente que, por un lado, sin dragones no podrá ser una verdadera líder ni liberar a ningún pueblo, puesto que otros más fuertes impondrán el esclavismo y las cadenas; y, por el otro, sabe también que, del mismo modo que la legitimidad le ha dado poder, el poder mismo, los dragones, los ejércitos, le dan una nueva legitimidad. Ella no es sólo moralmente creíble y honorable como un Stark, sino que su proyecto político es, por así decirlo, creíble, plausible, real, en él cabe depositar una esperanza cierta.

Hacia el final de la tercera temporada estalla todo el poder de la *Khaleesi*. Tiene a los dragones, que por sí solos ya la convierten en una candidata al trono. Ha conseguido reunir un ejército temible, cuantioso y formado por soldados de élite. Ha reunido un *poder* temible, y todo ello gracias a la *legitimidad* que ha logrado atesorar. Ya sea comiendo un corazón crudo, hablando la lengua nativa de su pueblo, sobreviviendo al fuego, alumbrando a tres dragones o liberando ciudades enteras de esclavos, Daenerys Targaryen siembra su camino de actos en los que progresivamente se «instituye» como opción legítima de poder real. Cuando su traductora comunica solemnemente a los esclavos recién liberados que deben su libertad a Daenerys de la tormenta, madre de dragones, reina de los Siete reinos, ésta le manda callar, y pronuncia las siguientes palabras: «No me debéis vuestra libertad. No puedo dároslo. Vuestra libertad no era mía para dároslo. Os pertenece a vosotros y solo a vosotros. Si queréis recuperarla debéis tomarla vosotros mismos. Todos y cada uno de vosotros». Sin ser capaz de conectar de un modo efectivo con la voluntad y el anhelo de todos los oprimidos, Daenerys no dispondría de ninguna legitimidad; pero de nada serviría en absoluto esa legitimidad sin algún catalizador capaz de convertirla en poder. Solo gracias a esa legitimidad va conquistando y demostrando como consigue reunir un gran poder, y es gracias a ese poder como consigue apuntalar y acre-

centar su legitimidad. Poder y legitimidad se relacionan de un modo completamente circular, a pesar de que no son en absoluto dos elementos de la misma naturaleza. Sin sus acciones «ejemplares» *Khaleesi* no obtendría el reconocimiento y la legitimidad gracias a las cuales acumula cada vez más poder. Su proyecto político de ruptura del orden establecido depende completamente del carácter ejemplar de sus acciones. *Para un proyecto emancipador de ruptura, sin legitimidad moral no hay poder.*

Por otro lado, ella misma ha vivido el deterioro de la legitimidad cuando ésta se conduce sin poder: justo en el momento anterior a la eclosión de los huevos de dragón, los Dothrakis estaban cerca de comenzar a retirarle su apoyo, y no por ser ella menos honorable o menos legítima, sino por ser incapaz de imponer un camino real y factible. Daenerys logra empoderarse a sí misma como mujer vulnerable en un mundo terrible para las mujeres. Logra empoderar a los esclavos en un mundo esclavista. Con todo ello se instituye como líder legítima (todavía no legal, pues la legalidad se sienta en el Trono de Hierro), pero sabe que tendrá que empoderarse también sobre Poniente entero, sobre los Siete reinos, a lomos de sus ejércitos y sus dragones, o de lo contrario la paz que conquiste para ella como mujer y para los esclavos será temporal: los débiles necesitan el poder del trono, la potencia pública, más que los fuertes, pues éstos ya tienen su propio poder privado y con él oprimen a los débiles y se defienden de otros fuertes. Sabe que, *para cualquier proyecto político (no meramente moral) sin poder no hay legitimidad.*

El mundo de *Juego de Tronos* es, al igual que el nuestro, un tablero complejo con múltiples tensiones y luchas de poder. No es posible acabar con la violencia y el poder en sí mismos, tan sólo cabe apropiarse de ellos y, neutralizando al resto de fuerzas y poderes, ponerlos al servicio de un determinado principio de legitimidad. Por así decirlo, *no existe una legítima legitimidad sin poder*; aunque sí puede existir durante siglos un *poder poderoso sin legitimidad*, he ahí el verdadero drama de la política. Los déspotas, los tiranos, los opresores, pueden conducirse a través del mero poder, porque pueden imponer el terror, gobernar a través del miedo, y proyectar principios de legitimidad adecuados a su causa (religio-

sos, tribales, identitarios, etc.) que apunten el ejercicio de su poder despótico. Sin embargo, no es posible para los justos, para los honrados, ser verdaderamente legítimos si no conquistan el poder.

Eddard Stark es sin duda alguien moralmente intachable, es un héroe moral, pero el mundo que resulta de sus acciones ¿es moralmente mejor o peor que el mundo que resulta de las acciones de Varys, Tyron o la *Khaleesi*, personajes de naturaleza más política que moral? ¿Es moralmente mejor un mundo donde los inocentes tienen que escapar y esconderse mientras tu cabeza rueda por el suelo, o un mundo donde queda margen de maniobra para empoderarse y neutralizar el despotismo y la tiranía? El «honor» de los Stark pertenece a un mundo mejor. Pero ese mundo hay que ganárselo. Sólo ignorando lo terrible que es un mundo donde la legalidad no consigue fundar el verdadero poder y la verdadera legitimidad, es posible considerar como moralmente preferible un camino que alimenta al despotismo en vez de combatirlo. En un mundo terrible, puede perfectamente ocurrir que el único resultado de nuestro «obrar bien» sea un mundo aún peor, más injusto y más despiadado. En este sentido, cabe decir que el héroe moral, por ejemplo Eddard Stark, nunca se ocupa tanto de elegir *un mundo bueno* como de elegirse *a sí mismo como bueno* (lo cual es, sin duda, un modo curioso de serlo).

Como en *Juego de Tronos*, nosotros mismos enfrentamos una situación de una complejidad política incomparable, y especialmente sentimos la imperiosa urgencia de tener que hacer algo para cambiar este desastre y empezar a hacerlo ya. Por cada segundo que pasa sin que aspiremos a democratizar los lugares donde se decide lo importante, aumenta sin cesar el enriquecimiento privado ilegítimo y el sufrimiento gratuito de la gente corriente. Democratizar es sencillamente devolver a las personas la capacidad para decidir sobre sus propias vidas, una capacidad que nos ha sido robada y debe ser restituida. Decía Ser Jorah Mormont que «la gente común reza por lluvia, salud y un verano que nunca acabe. A ellos no les preocupa qué juegos jueguen los grandes señores». Estamos hartos de los juegos de los grandes señores. Hace pocos meses pusimos en marcha un proyecto al que llamamos **PODEMOS** recogiendo el coreado lema de las últimas mo-

vilizaciones sociales «¡Sí se puede!». Porque se puede, porque ha llegado el momento de saltar a las instituciones que una casta de señores feudales nos ha robado, porque es la hora de que la gente corriente tome en sus manos las riendas de sus propias vidas. El taimado personaje apodado Meñique nos recuerda que vivimos en un mundo donde «algunos hombres tienen la suerte de nacer en la familia apropiada, otros deben buscarse su propio camino». Podemos elegirnos *a nosotros mismos como buenos* al modo de Ned Stark, o como la *Khaleesi* podemos aspirar a que todos puedan tener una vida que merezca la pena ser vivida: las elecciones europeas del 25 de Mayo sólo son un primer paso.

POWER IS POWER

Política y guerra en *Game of Thrones*

Íñigo Errejón¹

JUEGO DE TRONOS: ¿POLÍTICA O GUERRA?

En la serie *Juego de Tronos* o *Game of Thrones* la política no es un telón de fondo o una posible lectura implícita, sino el corazón mismo de la trama, lo cual constituye una anomalía. Además, por su popularidad e impacto, sus definiciones sobre la política van a sedimentar mucho más en nuestras sociedades que ninguna clase o libro de Ciencia Política. Constituye así un objeto de análisis de primer orden. Pero la serie ofrece definiciones abiertas y ambivalentes, de tal manera que se puede leer como un diálogo entre diferentes lecturas posibles.

La historia de la serie *Juego de Tronos* se sitúa en un momento concreto, particularmente conflictivo, de la larga historia de ficción narrada en la saga literaria «Canción de hielo y fuego». Aegon I había unificado por la conquista seis de los Siete Reinos, federando en forma subordinada al séptimo e inaugurando una monarquía en el continente de Poniente bajo el control de la dinastía Targaryen que con su primacía integraba un equilibrio entre casas nobiliarias inferiores pero aún poderosas. La erosión de este equilibrio va abriendo camino a la descomposición del orden y de la propia comunidad política de Poniente.

Mucho tiempo después, «quince años antes de los noventa», Robert Baratheon encabezó la revuelta de una coalición de nobles que desplazó del trono a los Targaryen para coronar al propio Robert. La serie *Juego de Tronos* arranca poco después, al

¹ Doctor e investigador en Ciencia Política en la Universidad Complutense de Madrid.

filo de la muerte de Robert, que inaugura un período de ruptura de equilibrios, inestabilidad y guerras en Poniente.

Los siete reinos se encuentran ahora sumidos en un conflicto abierto, permanente y de contornos cambiantes en el que no parece haber más lógica que la de la violencia, la lucha desnuda puesta al servicio de la ambición de poder como capacidad de someter al resto. En ausencia de un poder con capacidad de monopolizar la violencia, la regulación social y la ordenación territorial, un amplio abanico de poderes *privados* compiten entre sí para erigirse en el poder público, fundante de un nuevo orden estable. ¿Cuál es, entonces, la relación entre política y guerra en *Juego de Tronos*? ¿Hay espacio para la política entre lo que no parece sino una guerra de todos contra todos de suma cero? ¿Cuál es la naturaleza del poder político? ¿Tiene alguna especificidad o es sólo una emanación del poder militar? Indagando sobre estas cuestiones a través de *Juego de Tronos* podemos abordar cuestiones centrales para el análisis de la política y los fenómenos políticos.

Pareciera que en el *Juego de Tronos* hay poco espacio para las sutilezas de la política, más allá de engaños puntuales, en un mundo dominado por las relaciones de fuerza y la guerra. Entonces, ¿es la política una actividad para controlar la guerra? ¿Es la mera confrontación, abierta o velada, entre intereses constituidos y su justificación? ¿Dónde acaba la política y comienza la guerra? ¿Son dos lógicas independientes, una sobredetermina a la otra o viceversa? ¿Cuál es, si existe, la especificidad de la relación política que la distingue de otras? Este texto recorre algunos diálogos y momentos de las tres primeras temporadas de *Juego de Tronos*, para ilustrar de su mano la relación particular, que atraviesa toda la serie, entre la política y la guerra, con el poder y su naturaleza en el centro de la discusión: las formas de construirlo, ejercerlo y defenderlo, las condiciones para la estabilidad y para el cambio o la ruptura. Utiliza de manera libre diferentes escenas, diálogos o hitos de las tres primeras temporadas de la serie –contextualizadas, y referenciadas en cortes de los vídeos disponibles en internet– para recorrer distintas lecturas posibles y acabar defendiendo y fundamentando teóricamente una interpretación de la política, de su relación con la guerra, y del rol que desempeñan en *Juego de Tronos*.

«LA GUERRA ES LA CONTINUACIÓN DE LA POLÍTICA POR OTROS MEDIOS»
O EL LIBERAL QUE QUERÍA SER INGENUO

Para una concepción liberal, que la entiende como esfera pública del compromiso, la negociación y el acuerdo entre individuos, en el escenario de *Juego de Tronos* no existe apenas espacio para la política. La guerra sobredetermina la situación y no deja margen más que para una actividad de justificación o engaño de las razones bélicas. La guerra es la exaltación de pasiones y la negación extrema del otro, lo que impediría la política en tanto que búsqueda de una deliberación racional que permita llegar a un consenso, en los términos de Jürgen Habermas, o ese «ponerse en los zapatos del otro», de Hanna Arendt o incluso John Rawls.

Clausewitz diría que «la guerra es la continuación de la política por otros medios», lo que significa que cuando la guerra entra en escena, aunque sea para cumplir los fines de la política, esta sale o al menos queda relegada a una función auxiliar. No habrá tiempo para la política hasta que la guerra haya fundado de nuevo el espacio para el contrato social.

La acción de *Juego de Tronos* se estaría produciendo en el interregno entre la quiebra de un orden político y la constitución de otro, en los que la guerra es síntoma de descomposición y a la vez fuerza de construcción de lo nuevo, tras lo cual habrá de retirarse y dejar paso a una lógica diferente de relación entre grupos e individuos, la de la política como resolución de las diferencias mediante el compromiso. El *Juego de Tronos* sería un juego de guerra, con la política ocupando los pocos espacios que ésta deja libres a sus márgenes. La palabra y la espada son dos agencias de mundos diferentes, sometidos a lógicas claramente diferenciables.

Esta visión presenta al menos un problema de orden teórico y otro de orden práctico. Por una parte, los momentos de mayor «politicización», de mayor implicación colectiva en las cuestiones políticas y de mayor importancia de la política, son aquellos de conflicto, en una dinámica *in crescendo* que puede desembocar en un enfrentamiento militar abierto. No es difícil encontrar ejemplos históricos y actuales que demuestran que «los puntos álgidos de la gran política son al mismo tiempo los momentos en los que

el enemigo es contemplado como tal en la mayor y más completa claridad» (Schmitt, 2009, p. 96). Pero como según esta visión la guerra es la suspensión de la política, tendríamos entonces la extraña conclusión que la misma escalada que el camino de vigorización e incremento de la política es también el de su extinción. Estaríamos ante una lógica autodestructiva, que debería ser salvada de sí misma. Las razones que conducirían así a la guerra son además improcesables por la política, puesto que pertenecen a esferas privadas de las relaciones sociales. Esta visión actúa como si las pasiones, las identificaciones colectivas mediadas por las emociones como fuerza de agregación, pudiesen ser dejadas fuera de la esfera de la política; y como si el pluralismo pudiese conducir siempre a la armonía: como si todos los valores fuesen reconciliables en un punto medio alcanzable en la discusión. De nuevo estamos ante una contradicción: son razones privadas que sin embargo pueden adquirir la intensidad suficiente como para movilizar multitudes por objetivos colectivos y cancelar así el orden político-público.

Por otra parte, en un terreno más político que teórico, si la política se produce cuando se retira la guerra, que precisamente funda el orden político, estaríamos hablando de una lógica que se despliega al interior de un marco establecido anterior a ella. El conflicto sería un elemento ajeno y agresivo a la política, lo que no deja de tener consecuencias en la forma de concebir los regímenes políticos y la democracia en particular: como un orden que necesita huir del conflicto, recluyéndolo –puesto que ninguna sociedad puede eliminarlo– en las esferas privadas o tratándolo como un problema policial. Las bases sobre las que se funda un orden determinado quedan así por siempre blindadas de la discusión política, que se ciñe al marco establecido. Los poderes privados, con capacidad de determinar el contenido democrático de la esfera pública, son representados como no políticos y por tanto blindados ante la soberanía popular. Esta conclusión no sólo estrecha hasta casi la asfixia las posibilidades de pensar la democracia –que necesita del reconocimiento del conflicto–, sino que además condena a despolitizar las fuerzas previas que chocan en la guerra, carentes así de un terreno común que las haga pensables.

La guerra, como espacio previo a la política, queda además por encima de cualquier posibilidad de parametrización, limitación y regulación. Pero incluso en tiempos de paz, el terreno común para la deliberación o competencia entre individuos, es un terreno marcado por relaciones de poder que, al «despolitizarse», se sitúan más allá del alcance de la gente corriente.

Para el caso de los siete reinos, esta visión parece pecar de cierta ingenuidad. Si aceptamos la despolitización de la lucha por el trono, en la medida en que esta es fundamentalmente de tipo bélico, nos quedamos entonces sin elementos para entenderla y analizarla fuera de una visión pesimista –y profundamente conservadora– de las razones de orden privado o psicológico que llevan a los hombres a guerrear. No entendemos, anclados en una óptica individual, por qué hay gentes que se emocionan y sienten parte de un sujeto colectivo hasta incluso tomar la poco racional decisión dar la vida por él, o por qué incluso los más fuertes deben apelar a criterios ya establecidos en el imaginario colectivo sobre lo justo y lo injusto, por qué ese énfasis en los protocolos y los procedimientos que atribuyen legitimidad. En *Juego de Tronos*, precisamente porque no hay un orden constituido que marque esas diferencias, no están claros los límites de la guerra y de la política, qué situaciones caen en cada lado. En ausencia de esta delimitación, y ante la presencia constante de la violencia, de acuerdo con esta visión, sólo podríamos concluir que no hay política, y así dejar sin explicar por qué se dan, y en las formas particulares en que se despliegan, las pasiones, las lealtades, las traiciones, las ilusiones y las desconfianzas. Justo en el momento de mayor intensidad política, nuestro análisis nos dejaría ciegos para entenderla.

«LA POLÍTICA ES LA CONTINUACIÓN DE LA GUERRA POR OTROS MEDIOS»
LOS LÍMITES DE LA *REAL POLITIK*

Frente a ésta concepción, una visión de *real politik*, compartida por partidarios del «poder duro» con posiciones ideológicas de lo más diverso e incluso antagónicas, entendería que el *Juego de Tro-*

nos, una guerra despiadada y sin cuartel, es la verdad de la política, puesto que todo orden es un equilibrio relativamente estable de poderes, y todo poder emana, en última instancia, «de la boca de un fusil», en la expresión de Mao Ze Dong.

Para esta visión la guerra y la política no son dos lógicas ni dos momentos diferentes, sino que la segunda está subordinada a la primera, en palabras de Foucault: «La política es la continuación de la guerra por otros medios». La guerra es la expresión máxima y corazón de la política, pero también su lógica subyacente. La política puede expresar de forma fiel o «ideológica» –en el peor sentido de la palabra en la tradición marxiana, como engaño– las verdades de la guerra, sus reglas y su determinación. La política aparece así como una función interna de la guerra, bajo el axioma de que «en política lo que importa es acumular poder, y no hay poder en último grado superior al poder de decidir sobre la vida y la muerte: la capacidad de violencia». Las demás formas de política se producirían supeditadas al poder guerrero, para ensalzarlo, complementarlo, falsificarlo o intentar manipularlo. La palabra está así al servicio de la espada, que es la herramienta política fundamental.

Para esta visión, la política está marcada por el conflicto, lo cual parece ser una buena premisa de partida. Pero este conflicto que se expresa en la política nace en otro lugar: la geografía, la economía o la religión, según los diferentes relatos ideológicos que comparten la supeditación de la política a otras lógicas. Las razones del enfrentamiento, sus términos, el terreno sobre el que se da y la propia conformación de los bandos que chocan, provienen de un *momento* anterior a la política. Este determinismo de la fuerza desnuda corre el riesgo de convertirse en una tautología, en la que la política es una lucha permanente por el poder, en la que gana...quien tiene más poder. Las emociones, las representaciones colectivas, los discursos, las leyes o la religión no tienen en esta concepción apenas poder explicativo, más allá de ser ropajes que disfrazan el poder «duro» o matizaciones que oponen quienes carecen de él.

La breve conversación entre Petyr Baelish, apodado «meñique», cortesano y consejero real, y Cersey, noble de la familia

Lannister, reina madre, en la segunda temporada de la serie en los patios del Palacio de Kings Landing es un buen ejemplo de esta concepción y práctica del poder².

Baelish trata de chantajear a Cersey, haciéndole saber que conoce su relación incestuosa con su hermano, Jaime Lannister que le habría hecho engendrar ilegítimamente a su hijo el ya rey Joffrey. Pretende sacar provecho de la amenaza velada de que podría desvelar el secreto y minar así la legitimidad de origen del rey y de su madre con un escándalo. Cersey responde a esta exhibición de «poder blando» con una de «poder duro»: su guardia rodea, a sus órdenes, a Meñique y ésta le muestra lo fácil que le sería ordenar que le matasen. La lectura es clara: las sutilezas de la convicción y el consentimiento se quedan en nada frente al corazón del poder: el de decidir sobre la vida y la muerte. Al «conocimiento es poder» *–knowledge is power–* de Meñique, Cersey responde que «el poder es el poder» (*power is power*). Cuando la guerra entra en escena, la política se subordina a ella.

Esta concepción, supuestamente «realista» u despojada de mitos e idealismos, no reduce toda política a la guerra, pero ve en los enfrentamientos militares el momento nuclear de la política. Toda política anterior se hace en previsión de este momento definitorio de «medición de fuerzas», y toda posterior es hija directa de este choque y su resultado. En su versión más simple, para esta visión la política es un combate de boxeo entre contrincantes, el más fuerte o hábil de los dos se alzaría con la victoria; en la más sofisticada, una partida de ajedrez, en la que la inteligencia consiste en saber jugar bien las piezas de cada bando, para maximizar la fortaleza e incluso subvertir una correlación de fuerzas dada. Los bandos que compiten, el tablero y las reglas y modalidades de la disputa son, sin embargo, estáticos y de nuevo constituidos antes de la política.

Esta interpretación de la relación entre la política y la guerra parece a primera vista ser la más apropiada para analizar el desarrollo de la serie *Juego de Tronos* y para pensar las sociedades, como la de los siete reinos, sumidas en momentos de cambio o en pro-

² <http://www.youtube.com/watch?v=84YnoVyR7gA>.

cesos de descomposición de un orden y emergencia de otro, pero incluso para pensar la estabilidad como una correlación de fuerzas «congelada». Parece desvelar la desnuda realidad del poder.

Sin embargo, a pesar de su supuesto pragmatismo, que despoja a la política de vestimentas morales y discursivas para describirla en toda su crudeza, esta visión no nos sirve para pensar la política en forma dinámica porque no da cuenta de momentos de inflexión y fuentes de poder que preceden y, como veremos, prevalecen sobre el de la coacción.

Veámoslo en el análisis de un momento fundante de la trama de la serie: la traición a Ned Stark en la primera temporada. Llamado ante el trono de Joffrey Baratheon, autoproclamado Rey, Stark muestra una carta del monarca recientemente fallecido, Robert Baratheon, en la que le encomienda ser Protector del Reino gobernándolo hasta la mayoría de edad de su hijo Joffrey. Esto impugna las pretensiones de rápida coronación que albergan el nuevo Rey y su madre Cersey Lannister, al tiempo que claramente invalida una legitimidad de origen que descansaría en la natural sucesión en la dinastía Baratheon³.

La ya reina Madre, sin embargo destruye la carta diciendo: «¿Este es vuestro escudo, Lord Stark, una hoja de papel?» Cuando el comandante de la Guardia Real le espeta, invocando la legitimidad constituida: «eran las palabras del Rey», ella responde simple y contundentemente: «Ahora tenemos un nuevo Rey» y exige a Ned Stark arrodillarse y reconocer la nueva autoridad. Le negativa de éste da lugar a un «momento decisivo» de medición de fuerzas militares que finalmente se decide rápidamente a favor del nuevo Rey. La moraleja parece ser clara: ningún derecho tiene el menor peso si no cuenta con la fuerza para imponerse, los papeles son sólo papeles sin las espadas que les dan fuerza de ley. La diferencia entre traición y legitimidad sólo depende de una correlación de fuerzas militares que otorgan la victoria o la derrota: es un traidor quien pierde, y un héroe y rey legítimo quien gana.

Estamos aquí frente a un tema clásico y muy discutido entre los teóricos del cambio político revolucionario: el momento deci-

³ <http://www.youtube.com/watch?v=CLNuoIZ-aYM>.

sivo o «punto de bifurcación» es cuando «dos ejércitos o bloques sociales se miden» o «en el fondo, un hecho de fuerza en la medición práctica de las cosas» como enuncia García Linera (2008, p. 27) recogiendo un axioma de la teoría leninista de la insurrección: «Salvo [este] poder, todo es ilusión».

Esta interpretación no carece de razón, pues señala un hecho difícilmente contestable en política, con el que el estudiante inicia la conversación con Carl Schmitt en su «Diálogo sobre el poder y las condiciones de acceso al poderoso»: «¿Tiene usted poder o carece de él?» (Schmitt, 2010, p. 1). En política la ausencia de poder equivale a la práctica inexistencia.

Sin embargo, Ned Stark ya estaba derrotado antes de que se desenvainase la primera espada. Previamente ya se había roto el sentido instituido que confería poder para nombrar lo legítimo a la carta del Rey Robert —o incluso hacía años que se había quebrado la posibilidad misma de que una carta primase sobre la arbitrariedad, lo cual es en todo caso un fenómeno nítidamente político— y, más concretamente, ya estaban configurados los términos del enfrentamiento y la distribución de las lealtades: a quién obedecerían los soldados de la guardia y de qué parte se pondrían los consejeros y cortesanos. Más aún: qué partes había, qué legitimidad detentaba y qué ofrecía cada una. Este no es el punto de partida de la contienda sino su principal resultado, más de la mitad de la victoria final. La política, como vemos, precede y determina la guerra.

De hecho, cuando como resultado de su derrota Ned Stark es declarado un traidor y va a ser ejecutado, la nueva autoridad, aún con todas sus armas, no puede simplemente matarlo en silencio como a un adversario privado. Tiene que ejecutarlo a la vista de todos, en un protocolo que no sólo lo sanciona sino que lo construye públicamente como enemigo de la comunidad y del «orden» de la sucesión dinástica. Puesto que *«enemigo no es pues cualquier competidor o adversario. Tampoco es el adversario privado al que se detesta por cuestión de sentimientos o antipatía. Enemigo es sólo un conjunto de hombres que siquiera eventualmente, esto es, de acuerdo con una posibilidad real, se opone combativamente a otro conjunto análogo. Sólo es enemigo el enemigo público»* (Schmitt, 2009, pp. 58-59) Incluso aunque el pueblo llano no gobierne, frente a él debe esceni-

ficarse la culpa, el castigo y el restablecimiento de «las cosas como deben ser»: el relato de la legitimación que busca al menos el consentimiento pasivo de los gobernados, pero también una representación performativa –que no describes sino que crea– de una ordenación de las posiciones comprensible y que produce certezas y lealtades a partir, en primer lugar, de la construcción de un enemigo público que dibuja el afuera y el adentro del orden, y así aspira a recomponerlo. Estamos ante el momento más intenso de la política pero no ante una excepción: todo régimen reproduce su sentido con actos cotidianos que naturalizan su reparto de posiciones y que son tanto más fuertes cuanto más «despolitizados» y neutrales aparezcan⁴.

LA GUERRA COMO UN MOMENTO DE LA POLÍTICA;
LA DISPUTA POR EL SENTIDO

El mundo de *Juego de Tronos* no es un tablero de ajedrez en el que estrategias mueven sus tropas buscando una victoria. La lucha primera es por configurar el tablero, en un mundo marcado por una dislocación general: en el caos de la guerra por el Trono, que amenaza con despedazar Poniente, no están claros los límites de la unidad política: ¿Un solo reino que reunifique a los siete? ¿Un rey *en el norte* y uno en el sur? ¿Diferentes unidades territoriales autónomas?; Como no lo está el sentido de pertenencia a la comunidad y las fuentes de la legitimidad del orden a fundar: ¿La sucesión dinástica, el apellido de la dinastía anterior, la posesión de dragones, una combinación de lealtad de los gobernados y enraizamiento territorial? ¿El carisma y la capacidad de buen gobierno?

El único orden concreto incontestado es el conformado, significativamente, por una frontera radical: el muro que separa a los reinos de las tierras «salvajes» del norte, que funcionan como afuera constitutivo que produce la unidad del «adentro». El crecimiento de la amenaza de bárbaros y caminantes puede implicar así la ordenación política de Poniente y su unidad expulsando el

⁴ <http://www.youtube.com/watch?v=keiWDqj3xfo>.

antagonismo al Muro, generando un «ellos» mayor que cualquier diferencia interna en Poniente. De ahí deriva la legitimidad, por nadie cuestionada, de la Guardia de la Noche que patrulla el límite externo, el que separa Poniente de seres sin nombre ni historia conocida, exterioridad absoluta.

La cuestión central en *Juego de Tronos*, que hace a la serie específicamente política, es que el enemigo no está prefijado, es su construcción la principal batalla entre los diferentes autores. No habrá un orden en Poniente hasta que no haya una unidad política con capacidad soberana de instituir una ordenación del escenario político que determine un adentro –donde prevalece relativamente el derecho– y un afuera –donde prevalece la posibilidad de la guerra–. En palabras de Schmitt, «o la unidad política es la que decide la agrupación de amigos y enemigos, y es soberana en ese sentido (...), o bien es que no existe en absoluto» (Schmitt, 2009, p. 69).

El alemán, que en este punto nos es de una ayuda inestimable, llega a esta conclusión tras estudiar en su libro «El concepto de lo político», cuál es la especificidad de la relación política, que la distingue de otras relaciones sociales: «Supongamos que en el dominio de lo moral la distinción última es la del bien y el mal; que en lo estético es la de lo bello y lo feo; en lo económico la de lo beneficioso o perjudicial, o tal vez la de lo rentable y lo no rentable. El problema es si existe alguna distinción específica, comparable a estas aunque, claro está, no de la misma o parecida naturaleza, independiente de ellas, autónoma y que se imponga por sí misma como criterio simple de lo político; y si existe ¿cuál es?» Y concluye: «Pues bien, la distinción política específica, aquella a la que pueden reconducirse todas las acciones y motivos políticos, es la distinción de amigo y enemigo» (Schmitt, 2009, p. 56).

Se trata de un ámbito autónomo puesto que no es reducible ni está determinado por ningún otro. Por una parte: «El enemigo político no necesita ser moralmente malo, ni estéticamente feo; e incluso puede tener sus ventajas hacer negocios con él» (Schmitt, 2009, p. 57) Y por otra: «Lo político puede extraer su fuerza de los ámbitos más diversos de la vida humana (...) Por sí mismo lo político no acota un campo propio de la realidad, sino sólo un cierto grado de intensidad de la asociación o disociación de hombres» (Schmitt, 2009, p. 68).

En la medida en que todo orden es un conjunto de equilibrios y sentidos sedimentados en un mundo heterogéneo, la construcción de todo régimen político es, en primer lugar, la gestión de una frontera: aquella que define los contornos del mismo y, por tanto, qué está dentro y qué fuera del orden, qué diferencias forman parte de la pluralidad interna y cuáles son las que definen la exterioridad. La definición de quién es amigo y quién enemigo –o «adversario», en una formulación democrática y no belicista, perfectamente posible en este esquema⁵– es así crucial para estabilizar posiciones y fraguar identificaciones políticas. La política, así, no es la expresión del choque de los bandos porque precede y condiciona ese choque: comienza con la construcción misma de las posiciones, que no se derivan en forma natural de ninguna precondition social –riqueza, apellidos, religión, lugar de nacimiento, etc.–. Sino que se construyen instituyendo, a partir de esas condiciones de partida, sentidos compartidos que generen orden e instituyan diferentes posiciones y repartos de bienes en la comunidad. La guerra aquí funciona como posibilidad última, realización extrema de la intensidad política amigo-enemigo: «Los conceptos de amigo, enemigo y lucha adquieren su sentido real por el hecho de que están y se mantienen en conexión con la posibilidad real de matar físicamente. (...) La guerra no es sino la realización extrema de la enemistad» (Schmitt, 2009, p. 63). Pero es una posibilidad que hace del vínculo político uno cualitativamente superior a cualquier otro, en la medida en que, como vemos en *Juego de Tronos*, tiene la capacidad para decidir, en última

⁵ El reconocimiento del conflicto como fundamento de la política y de la intensidad amigo-enemigo no conlleva necesariamente una política de la negación del otro o del fin del pluralismo. Al contrario, pudiera ser que la pretensión de erradicar el conflicto entrañe la ilusión autoritaria de terminar con la política, mientras que reconocer su carácter inerradicable y político, no moral, pueda contribuir a expandir el alcance de la democracia y a fundar un terreno simbólico común para la lucha política entre «adversarios» que derrotar y no «enemigos» a los que eliminar. Esta es la sugerente propuesta teórica de la «democracia agonista y radical» que Chantal Mouffe hace a partir de Carl Schmitt. Ver Mouffe, 1996: «La política y los límites del liberalismo», *La política. Revista de estudios sobre el Estado y la sociedad* 1, Barcelona, pp. 171-190.

instancia, sobre la vida de la gente. Conlleva por tanto un grado particular de responsabilidad, de pasión y de trascendencia.

En el *Juego de Tronos*, como en toda política, ningún actor tiene demasiadas posibilidades de éxito si no tiene recursos de poder, pero es que la crisis orgánica⁶ abierta tras el fin del anterior reino consiste en primer lugar en la ausencia de alineamientos claros, en que las posiciones están flotantes y permanentemente sometidas a nuevas articulaciones, fuera de las instituciones y relatos que antes las ahormaban. La explosión de violencia expresa la ausencia de ningún relato que suture las fracturas sociales e instituya algún criterio universal –necesariamente temporal y contestado– que explique quiénes conforman una sociedad, quiénes les amenazan, qué solución hay y cómo alcanzarla. En términos más directos: la sociedad no preexiste sólida y estática bajo las guerras de los ejércitos, sino que debe ser fundada permanentemente.

Ciertamente la política no es un conjunto de procedimientos para la negociación y el acuerdo, y la guerra no es en modo alguno exterior a ella. *Juego de Tronos* es una serie profundamente política; pero no en el sentido de que muestre la verdad cruda y desnuda de toda política: su determinación en última instancia a la lógica del poder duro y la guerra. Sino en el sentido de que la lucha política por constituir un orden precede y determina las posibilidades y los márgenes de la guerra. Ni «la guerra es la continuación de la política por otros medios» ni viceversa.

Más bien diríamos, desde el enfoque gramsciano, que la guerra es una función interna de la política, que se distingue y eleva sobre aquella porque en la política los bandos, el campo de batalla (o de

⁶ Una «crisis orgánica» es, según Antonio Gramsci, una situación de incapacidad de dirección de los sectores dominantes, que sólo pueden emplear la pura fuerza coercitiva, puesto que no puede construir consenso social en torno a su liderazgo: «esto significa precisamente que las grandes masas se han separado de las ideologías tradicionales, no creen ya en lo que antes creían» (Gramsci, *Cuadernos*, II, p. 37). Se abre por tanto un tiempo de gran «dislocación» y disgregación, fértil para las transformaciones sociales: «La crisis consiste en el hecho de que lo viejo muere y lo nuevo no puede nacer: en ese interregno se verifican los fenómenos morbosos más variado» (*ibidem*). No es difícil encontrar la similitud con la situación en la que se encuentra Poniente en *Juego de Tronos*.

negociación) y los términos del combate no están anclados, sino por construirse en la lucha discursiva. La «guerra de posiciones»⁷ es, en efecto, esa actividad de articulación que compone los bandos y los moviliza. A esos «bandos» les llamamos identidades políticas, y su movilización puede ser violenta, demostrativa o electoral, sin que ninguno de esos repertorios se excluya mutuamente o exorcice el conflicto como fundamento último de los alineamientos.

La política, por tanto, no está atada a determinaciones de otros órdenes ni tiene tendencias «necesarias»: es una actividad autónoma presidida por la contingencia, por el constante flujo de articulaciones y desarticulaciones de condiciones sociales, percepciones, demandas y aspiraciones que, como materias primas, pueden dar lugar a productos muy diferentes. No es una «guerra» en el sentido clásico, ni siquiera una guerra a veces pacífica y expresada por otros cauces, porque no se libra entre contendientes fijos, ni por las mismas razones ni con las mismas armas. Estos no son datos de partida, ya fundados, sino el resultado más importante –y nunca definitivo– de la disputa política. Las posiciones sólo se fijan temporalmente mediante la construcción de sentidos compartidos, discursivamente⁸.

La conversación entre Baelish «meñique» y Lord Varys «la araña», que da nombre al sexto capítulo de la tercera temporada,

⁷ En la metáfora bélica de Gramsci, la «guerra de posiciones», a diferencia del momento de asalto que caracteriza la «guerra de movimientos», es la laboriosa disputa por conquistar los dispositivos de la sociedad civil que naturalizan y generan consenso en torno al poder de los sectores dirigentes y que hacen que los Estados modernos no sean fortalezas aisladas sino complejos entramados en los que la coerción sólo es el último recurso. Cuando Gramsci afirma que «(...) la guerra de posiciones en política corresponde al concepto de hegemonía» (Gramsci, *Cuadernos*, III, p. 244) está ofreciendo una definición de la política como la lucha por articular mayorías sociales en torno a discursos determinados que representan en un sentido o en otro las relaciones sociales existentes, e invitan a conservarlas o a modificarlas/subvertirlas (Hall, 1996, pp. 426-427). Se trata pues, fundamentalmente, de una lucha intelectual y cultural por el sentido instituido.

⁸ Esta idea está desarrollada con mayor profundidad en Errejón, 2011: «¿Qué es el análisis político? Una propuesta desde la teoría del discurso y la hegemonía», *Revista de FLACSO – México* 1, pp. 1-16 [<http://relacso.flacso.edu.mx/que-es-el-analisis-politico>].

«la escalera», es una lección magistral de ciencia política. Los dos consejeros reales, enfrentados y unidos por su actividad política, discuten sobre el reino, esto es, sobre la comunidad y el orden político⁹.

Lord Varys justifica sus acciones, algunas particularmente turbias, por ser todas en defensa del interés del «reino», el interés general. Meñique le responde que «el reino» y sus complementos –como el origen mítico del trono o de los primeros reyes, siempre descansando en gestas heroicas: un trono hecho por Aegon I fundiendo mil espadas de los enemigos rendidos– son: «*una historia que coincidimos en contarnos mutuamente una y otra vez hasta que olvidamos que es mentira*» el interés general, en cualquiera de sus nombres, no emana naturalmente de ninguna fuente, es un relato compartido y en disputa.

Varys no cuestiona este carácter construido del «reino», pero defiende que es imprescindible para la comunidad política: *Pero ¿qué es lo que nos queda cuando abandonamos la mentira? El caos, un foso que aguarda para engullirnos a todos*. El discurso realiza la operación imprescindible y nunca acabada de producir certezas e instituir orden político –siempre uno que responde a una correlación determinada de fuerzas, dando primacía a unas y subordinando o disgregando a otras– en un escenario de dislocación y heterogeneidad, para lo cual es imprescindible alguna forma de universalidad: de códigos comunes y horizonte de trascendencia compartido.

Baelish le corrige y trata de establecer un principio que guía todas las pugnas en la construcción de orden: *El caos no es un foso, es una escalera. Muchos intentan subirla y fracasan, nunca podrán hacerlo de nuevo. La caída los destroza. Pero otros, si se les deja subir, se aferrarán al reino, o a los dioses, o al amor. Espejismos. Sólo la escalera es real: el ascenso es todo lo que hay*. Por detrás de los universales, su contenido histórico concreto y los actores que los invocan y hegemonizan, está el antagonismo, la lucha por subir o bajar en la escalera, la guerra. En palabras de Schmitt: «Todos los conceptos, ideas y palabras poseen un sentido polémico; se formulan con vis-

⁹ <http://www.youtube.com/watch?v=04IdTEGCpKo>.

tas a un antagonismo concreto, están vinculados a una situación concreta cuya consecuencia última es una agrupación según amigos y enemigos (...) y se convierten en abstracciones vacías y fantasmales en cuanto pierde vigencia esa situación. Palabras como estado, república, sociedad, clase o también soberanía, estado de derecho, dictadura, plan, estado neutral, estado total, etc., resultan incomprensibles si no se sabe a quién en concreto se trata en cada caso de afectar, de combatir, negar y refutar con tales términos.» (Schmitt, 2009, pp. 60-61) Son colinas a tomar por diferentes discursos combatientes, en términos de Ernesto Laclau, «significantes no asociados a ningún significado particular» por estar sobrecargados de sentidos que compiten por «llenarlos», y que sólo se decantan temporalmente por uno cuando una nueva frontera los ancla y asocia a una identidad popular que conquista así legitimidad con pretensión universal (Laclau, 2005, p. 167).

Pero es la política la que determina los peldaños, la inclinación o la ubicación de la escalera, la que en medio del «caos» que es la contingencia, construye órdenes parciales y siempre contestados y cambiantes: regímenes sustentados en relatos que no son «mentiras» sino discursos que instituyen sentidos compartidos, reparten posiciones y conforman una organización y no otra del campo político.

Los universales son imposibles e imprescindibles para la vida política, el mito que otorga la legitimidad como fin superior a los particulares. Se trata de un espacio vacío ocupado en diferentes periodos por «la palabra de Dios», «la Razón», «la Patria», «la humanidad», «el progreso», la «democracia» o «el mercado». Todos ellos son susceptibles de recibir sentidos incluso opuestos, y son objeto de intensas lucha discursivas que se solapan: por instituir unos u otros y por dotarlos de un sentido u otro. Estos términos deben ser leídos así como metáforas en las que el análisis debe entender la lucha de significados por ocupar un significante (Laclau, 1994). Lo importante es, en cada caso, qué intereses concretos y qué proyecto específico regulación social ha hegemonizado ese universal dotándole de contenido específico en un contexto histórico dado, lo cual siempre pasa por atribuir un «afuera» o un enemigo de «Dios», «la democracia», «la humanidad», la

«nación» o la «prosperidad» que es frente a quien estos términos se cargan de sentido concreto y que permiten su cohesión aún precaria y «ficticia». El trono mismo que descansa sobre el reino, el poder que ha conseguido encarnar la legitimidad, es por definición un lugar inestable y temporal, negociado. Por eso la silla del trono de la Fortaleza Roja está hecha de mil espadas afiladas que, al tiempo que recuerdan que se funda sobre el conflicto, hacen de ella un lugar incómodo y peligroso.

Pero en *Juego de Tronos* el orden se ha fracturado y dislocado: no es sólo que el mando del reino esté vacío y en disputa, es que los criterios de legitimidad y la ordenación de las posiciones o *identidades* políticas no es clara. Hay un aumento de la insatisfacción y de los proyectos en competencia o choque, que se produce sobre un escenario de desorganización y diferentes relatos en pugna, en medio de la desconfianza y la incertidumbre. Significativamente, no están claros los límites de la comunidad: quién es parte del reino a refundar para recuperar su esplendor y quién parte de la fuerza oscura que lo ha llevado al desastre. Más importante que las batallas militares es la guerra de posiciones que se libra para recomponer en un sentido o en otro el orden roto: para suministrar un nuevo marco de sentido que establezca lo legítimo, lo esperable y lo natural, siendo capaz de integrar dentro de sí las diferencias existentes.

Por eso vemos chocar distintos criterios de legitimidad y distintas soluciones. Existen actores que quieren reconstruir algún principio de ordenación inteligible por todos, y para ello despliegan los recursos de los viejos mitos, de la pertenencia territorial, de la legitimidad de origen o del respeto –también construido en el imaginario colectivo como verdad– a que sea el más fuerte quien gobierne. Existen, por otra parte, actores que, ante la dislocación de lo que ayer fuese una comunidad política, intentan modalidades de fuga y escisión territorial-construcción de otra comunidad basada en otro relato, o intentan una supervivencia nómada (relativamente) autónoma en los márgenes del orden instituido hoy en crisis. Tras la subida al trono de Joffrey Baratheon, nadie de su propia Casa concede legitimidad a su corona, y los hermanos del antiguo rey Robert, Stannis y Renly Baratheon, desafían el orden

débilmente constituido. A la vez, otras casas nobles buscan constituir reinos independientes del Trono de Hierro, llevando a la «Guerra de los Cinco Reyes». La fractura de la comunidad responde a una expansión de las relaciones de enfrentamiento que no ha sido sobredeterminada por *un* enfrentamiento fundamental que reordene, aún en forma antagónica, el campo político.

La multiplicación de los bandos es la expresión de la ausencia de una gramática y un relato comunes que definan un alineamiento nosotros/ellos o, superada la fase conflictiva, una integración de las aspiraciones de distintos grupos dentro de un orden institucional que las dispersa –por satisfacción, invisibilización, integración o aislamiento– y evita que conformen un frente contra él y una frontera interna más importante que aquella que separa el «afuera» de todos los integrantes de la comunidad, cohesionándolos entre sí.

Incluso en un escenario tan atravesado por la brutalidad, por la guerra y lo sobrenatural, el poder principal es el de nombrar: el de generar sentidos compartidos. Como la dislocación nunca es total, subsisten aún sentidos sedimentados que expresan un poder determinado y lo reproducen. Cuando en la primera temporada Tywin Lanister ordena rescatar a su hijo Tyron, un enano por el que no siente afecto ni al que concede demasiado valor físico-real, pero sí un elevado valor simbólico: «*Es un Lannister, será el más bajo de los Lannisters pero es de los nuestros y cada día que pase prisionero nuestro apellido inspira menos respeto*». Cuando es preguntado si esto no contradice su afirmación de que hay que prestar poca atención a las opiniones de los otros, responde: *Esto no es una opinión, es un hecho*. Parece dejar pocas dudas al respecto: las percepciones, los sentidos sedimentados y los mitos no son complementos ni velos que encubren la realidad, son productores de realidad, de poderes reales. Por eso es crucial, para Tywin, cuidar el honor familiar como depósito mítico y trascendente de poder, como herencia política para los sucesores: *Todos moriremos, todos nos pudriremos en la tierra. El apellido de la familia es lo que pervive, es todo cuanto pervive*¹⁰.

¹⁰ <http://www.youtube.com/watch?v=9YrRt7RXphU>.

Un diálogo entre Tyron Lannister y Lord Varys se ubica exactamente en el mismo punto: ante un acertijo planteado por su consejero, Tyron defiende la primacía de la espada «poder sobre la vida y la muerte», pero Varys replica argumentando la radical especificidad del poder político, consistente en que puede residir en hombres que carecen de espada. Esto porque, según el consejero, «el poder reside donde los hombres creen que reside; es un truco, una sombra en la pared»¹¹.

Sin embargo, esta es una concepción incompleta, como la propia serie se encarga de demostrar. El poder político no es sólo un hechizo psicológico, una suerte de engaño que basta con ser desvelado para que pierda su eficacia. El poder de nombrar, no es un mero «truco». En el capítulo 10 de la tercera temporada, durante una reunión del Consejo, Tywin Lannister, verdadero patriarca y gobernante en la Casa Lannister, le enseña eso a su nieto Joffrey cuando éste amenaza a Tyron tratando de infundirle miedo por lo que entiende ha sido una falta de respeto a su autoridad: «¡Yo soy el Rey. Te castigaré!» Su abuelo, pausadamente le advierte de que «cualquier hombre que tenga que decir 'Yo soy el Rey' no es un verdadero Rey», en una escena que acaba significativamente con Joffrey retirándose a sus aposentos¹². El «truco» no funciona por más que se repita o quede escrito en códigos jurídicos. No basta con enunciarlo. Joffrey y su círculo de poder carecen de la capacidad hegemónica para desplegar una nueva legitimidad y articular en torno a sí una nueva geografía de poder, con reparto de posiciones estables y duraderas en las que su ejercicio del poder consiga encarnar una idea de bien colectivo o interés superior.

Sucede lo contrario cuando, en la misma temporada, Daenerys Targeryen recibe en Astapor al ejército de esclavos llamados «los inmaculados» y los usa contra sus viejos amos¹³. Gracias a un intercambio comercial, recibe el látigo que representa la legitimidad, la obtención de consentimiento, pero gracias también a conocer el Valyrio, la lengua en la que han sido educados los

¹¹ <http://www.youtube.com/watch?v=GAiKfhWZoMo>.

¹² <http://www.youtube.com/watch?v=hRrV1ff33iM>.

¹³ <http://www.youtube.com/watch?v=5yX9YD2Gffg>.

guerreros-esclavos. Con esos dos atributos, es capaz de lanzar una interpelación que subvierte las posiciones y subleva al ejército, en una intervención contrahegemónica de manual: «*¡Inmaculados! ¡Matad a los amos, matad a los soldados, matad a todo hombre que sostenga un látigo, pero no hagáis daño a ningún niño. ¡Romped las cadenas de todo esclavo que veáis*» La invocación por el viejo amo de su posición ya no surte ningún efecto, su autoridad ha sido socavada y la percepción general –unánime, en unos soldados-esclavos que se comportan además como masa, lo que permite la evocación de pequeña revolución moderna– de lo justo y lo injusto ha sufrido un giro de 180 grados. Daenerys está ganando la guerra de posiciones, lo que le coloca en la mejor posición para ganar también la de movimientos: la batalla entre los esclavos emancipados y sus viejos amos es breve porque está ya decidida.

¿De dónde ha emergido ese poder? No provenía desde luego de la fuerza militar previa de Daenerys Targeryen, lo que nos permite romper con la tautología de que «tiene poder quien tiene poder». El poder no ha nacido de la boca de un fusil ni de la punta de una espada, sino de una convención, un sentido instituido: quien tiene el látigo y la voz, tiene el poder de definir al enemigo y, así, los bandos: «Tener el poder significa, sobretodo, tener la posibilidad de definir si un hombre es bueno o malo» (Schmitt, 2010, p. 40).

Después, fuera de las ruinas de la ciudad, metáfora del viejo orden ayer natural y hoy reducido a cenizas, Daenerys líder carismática, representa la construcción de un nuevo régimen, esta vez en clave profundamente democrática. Tras la movilización destituyente, se abre un momento constituyente que levanta nuevas posiciones de sujeto –reparto de posiciones– nuevas nociones de legitimidad y un nuevo interés común o «voluntad colectiva nacional-popular»¹⁴.

¹⁴ En la guerra por la generación de sentidos compartidos, la hegemonía es la capacidad de un actor particular para detentar una «dirección intelectual y moral» tal que encarne el universal de una sociedad. Se puede afirmar que un actor es hegemónico cuando ha construido una «voluntad colectiva nacional-popular» (Gramsci, *Cuadernos V*, 1975 [2000], p. 17) o un interés general que le permite presentar sus demandas y proyecto polí-

«*Inmaculados! Habéis sido esclavos toda vuestra vida, hoy sois libres. Todo hombre que quiera marcharse puede hacerlo y nadie le hará daño. Os doy mi palabra. ¡Lucharéis por mí? ¿Cómo hombres libres?*» La aclamación popular, con golpes de lanza en el suelo, representa la aprobación plebiscitaria de un nuevo orden –y de la autoridad de Daenerys– en el que la *libertad* juega de universal que articula la comunidad aunque dentro de algunas limitaciones de partida –los guerreros no dejan de serlo y la guerra es su horizonte ontológico–. El establecimiento de una nueva frontera le ha permitido inaugurar un proceso de construcción de un nuevo pueblo (Aboy, 2005, p. 136).

Las prácticas de construcción y movilización de sentido compartido son siempre de constitución de agregaciones que siguen el patrón amigo/enemigo, como recoge el teórico de lo político Carl Schmitt, en su conocida formulación: «la distinción específica de la política a la que las acciones y motivos políticos pueden ser reducidos es aquella entre amigos y enemigos» (Schmitt, 1976 [1927], p. 26). Las solidaridades colectivas, las posiciones políticas, se generan, entonces, por la delimitación de un sujeto colectivo de problemas y expectativas compartidas, un «nosotros» que se define siempre por la existencia de un «ellos» (Mouffe, 1995, p. 263). Esta visión no implica la jerarquización de estas identidades ni conduce necesariamente a la guerra, pero reconoce que la lógica de las pertenencias colectivas requiere un límite externo. Para cada grupo o conjunto es necesaria la existencia de un límite que marque la diferencia entre estar dentro o fuera, que defina quién *es* y quién *no es*: «La creación de una identidad implica el establecimiento de una diferencia. [...] Cada identidad es relacional y la afirmación de una diferencia es una precondition para la existencia de cualquier identidad» (Mouffe, 1995, pp. 262-263). Esta es la labor de conquista, creación y articulación o desarticulación

tico como en beneficio de toda la comunidad política o de su inmensa mayoría, integrando incluso a los subordinados o descontentos dentro de un mismo marco de sentido. Estamos, por tanto, ante la forma suprema de dirección: una articulación política que asegure el consenso -activo o pasivo- de los grupos dirigidos.

que determina de forma decisiva el momento de «medición de fuerzas». Esta es la razón de que podamos afirmar que la guerra es una función interna de la política: «*La guerra no es pues en modo alguno objetivo o incluso contenido de la política, pero constituye el presupuesto que está siempre dado como posibilidad real, que determina de una manera peculiar la acción y el pensamiento humanos y origina así una conducta específicamente política*» (Schmitt, 2009, p. 64).

La proclamación de Robb Stark en la primera temporada como «Rey en el Norte», así, no es un mero protocolo ni formalización. Tampoco se reduce a una coalición de espadas. El «en» juega un papel clave en el acto de nominación. Se está erigiendo una diferencia, la territorial, como la frontera crucial que defina los bandos y las identidades (Laclau y Mouffe, 1985, pp. 134-137). De ella emana una legitimidad que constituye un *pueblo* y una voluntad de poder: los norteños deben ser gobernados sólo en el norte y por norteños, puesto que fueron una comunidad distinta en el pasado que debe recuperar hoy su soberanía. Lo de menos, como siempre, es cuánto de verdad haya en el reclamo histórico; la clave está en su capacidad para alterar las lealtades y reconstruir las posiciones con otra frontera.¹⁵

Esta subordinación de la guerra a la política está explicada en el concepto de «guerra de posiciones» de Antonio Gramsci. Empleando una metáfora bélica, Gramsci señala que en los Estados modernos –y en este sentido la estética medieval no puede llevar a engaño sobre la modernidad de *Juego de Tronos*– las élites dirigentes tienen las fuerzas de seguridad y el ejército sólo como *última línea de defensa*, antes de la cual se encuentran los nidos de alambradas y ametralladoras, todo el terreno aparentemente «apolítico» de la sociedad civil, que en realidad legitima y naturaliza el régimen existente, reproduciendo y ampliando los consensos en los que se sostiene (Gramsci, *Cuadernos*, III, 1975 [2000], p. 106; Bobbio, 1979, p. 40). Todo ejército que no contase previamente con la labor de zapa, conquista y desarticulación/rearticulación de esas defensas, quedaría aislado y sería derrotado en su intento de «toma» del poder. Esto es, aunque hay evidentemente

¹⁵ http://www.youtube.com/watch?v=qT19Ze2hD_0.

un trance decisivo en las batallas, estas son sólo un momento de una secuencia de guerra cultural, intelectual y moral por ordenar las posiciones. Tal es así, continúa Gramsci con la metáfora bélica, que los regímenes más avanzados: *las superestructuras de la sociedad civil son como el sistema de trincheras en la guerra moderna [...] ni las tropas asaltantes, por efecto de la crisis se organizan fulminantemente en el tiempo y en el espacio, ni mucho menos adquieren un espíritu agresivo; a su vez los asaltados no se desmoralizan ni abandonan las defensas, aunque se encuentren entre ruinas, ni pierden la confianza en su propia fuerza y en el futuro* (Gramsci, Cuadernos, V, 1975 [2000], p. 62).

En estos casos el monopolio de la violencia es sólo la *última ratio*, pero es el consenso, la consecución de la aceptación pasiva o activa de los gobernantes por parte de los gobernados, el pilar central en el que descansa el poder político. Perry Anderson interpreta así, en términos gramscianos, la composición del poder político en los Estados democrático liberales: «simultánea e indivisiblemente dominado por la cultura y determinado por la coerción» (Anderson, 1976, 1967, p. 6). En esta formulación, *dominado* significa la preponderancia y primacía del consenso, mientras que *determinado* significa la presencia de la coacción como garantía última.

CONCLUSIONES

En *Juego de Tronos* vemos una sucesión de enfrentamientos, pactos y traiciones que se despliega sobre un escenario de conflicto total, que no parece tener límites morales, legales o de extensión. La primera reacción al pensar cuál es el lugar de la política en la serie podría conducir a una postura cínica: la política es la confrontación de poderes y la imposición de proyectos y su verdad última está en la guerra. Lo demás son complementos, adornos o distracciones, ensoñaciones que, en última instancia, hay que rasgar.

Esta conclusión, sin embargo, olvidaría que las batallas de *Juego de Tronos*, siendo de gran importancia, no son independientes ni autónomas, sino que se producen en un escenario cambiante que

es en sí mismo motivo y producto de una lucha por instituir representaciones compartidas, sentidos que organicen las posiciones. El conflicto es efectivamente el motor de los alineamientos, pero no en el sentido de un choque frontal entre bandos ya constituidos, sino de posibilidad permanente y sin embargo sin determinar, como en una guerra de cercos marcada por la apertura de que las siguientes batallas se produzcan en términos que hoy sólo existen como posibilidad, que modifiquen la configuración actual del tablero, la atraviesen o pateen el tablero mismo. Ninguna ruptura del orden constituido, por otra parte, se ha hecho con las palabras ni dentro del reparto de identidades y los marcos de sentido en los que descansaba la estabilidad –incluyendo la posición de los desafiantes en los márgenes–, sino a partir de un exceso de sentido y un realineamiento distinto. En la medida en que todo orden se funda sobre exclusiones y asimetrías, existe siempre un espacio para que sectores antes subordinados impugnen los códigos de su subalternidad, articulen las insatisfacciones y reordenen a su favor las posiciones y construyan en torno a sí una voluntad general: «una plebs [los sectores más desfavorecidos] que reclame ser el único pópulus legítimo, es decir, una parcialidad que quiera funcionar como la totalidad de la comunidad» (Laclau, 2005, p. 108).

Esta lectura de la política tiene la virtud de esquivar la rigidez de los esencialismos –a menudo un ejercicio de nostalgia e impotencia– sin disolver el papel central del conflicto, como en las visiones liberales que al negarlo hurtan parcelas a la soberanía popular para entregárselas a poderes oligárquicos. Su visión dinámica, en la que el conflicto no es la excepción a explicar sino la base de todo equilibrio, permite pensar el cambio político en forma flexible, como disputa siempre abierta por la institución del sentido, y así la democracia como apertura constante en la que el poder es «un lugar relativamente vacío», con Claude Leffort. Por último, facilita un pensamiento crítico que, desde la lógica específica de lo político, desnaturalice el orden existente sin concederle omnipotencia: leyendo en lo presente posibilidades de su modificación o desborde, con algo de fortuna en lugar de dragones y algo de virtud en lugar de espadas. En el *Juego de Tronos*, después de todo, la única certeza es la contienda.

BIBLIOGRAFÍA

- ABOY CARLÉS, Gerardo (2005), «Populismo y democracia en la Argentina contemporánea. Entre el hegemonismo y la refundación», *Estudios Sociales* 28 (primer semestre 2005), Buenos Aires, pp. 125-149.
- BOBBIO N. (1979), «Gramsci and the Conception of Civil Society», en Chantal Mouffe (ed.), *Gramsci and Marxist Theory*, Londres, Routledge, pp. 21-47.
- ERREJÓN, I. (2011), «¿Qué es el análisis político? Una propuesta desde la teoría del discurso y la hegemonía», *Revista de FLACSO – México* 1, pp. 1-16 [<http://relacso.flacso.edu.mx/que-es-el-analisis-politico>].
- GARCÍA LINERA, Álvaro (2008), «Empate catastrófico y punto de bifurcación», *Crítica y emancipación: Revista latinoamericana de Ciencias Sociales* 1/1 (junio de 2008), Buenos Aires, CLACSO, pp. 23-33 [<http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/secret/CyE/cye2S1a.pdf>]
- GRAMSCI, Antonio (1975 [2000]), *Cuadernos de la cárcel*, México, Ediciones ERA-Universidad Autónoma de Puebla, seis volúmenes, traducción de la edición crítica del Instituto Gramsci de Roma, a cargo de Valentino Gerratana.
- HALL, S. (1996), «Gramsci's relevance for the study of race and ethnicity», en D. Morley y K. Chen (eds.), *Stuart Hall: Critical Dialogues in cultural studies*, Londres, Routledge, pp. 411-440.
- LACLAU, Ernesto (1994), «Why do empty signifiers matters to politics?» en Jeffrey Weeks (ed.), *The Lesser Evil and the Greater Good*, Londres, Rivers Oram Press, pp. 167-178.
- (2005), *La razón populista*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- LACLAU, Ernesto y MOUFFE, Chantal (1985), *Hegemony and Socialist Strategy: Towards a Radical Democratic Politics*, Londres, Verso [ed. cast.: *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*, Madrid, Siglo XXI de España, 1987].
- MOUFFE, Chantal (1995), «Post-Marxism: democracy and identity», *Environment and Planning: Society and Space* 13, pp. 259-265.

- (1996), «La política y los límites del liberalismo», *La política. Revista de estudios sobre el Estado y la sociedad* 1, Barcelona, pp. 171-190.
- SCHMITT, Carl (1927 [2009]), *El concepto de lo político. The Concept of the Political*, Madrid, Alianza Editorial.
- (1947 [2010]), *Diálogo sobre el poder y el acceso al poderoso*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.